

EL SENDERO DE LA RECONSTRUCCIÓN

La perspectiva mundial del desarrollo humano ha creado nuevos desafíos que convocan a reflexionar sobre el futuro de la educación superior. Las transformaciones de la era digital y su aplicación en los modos de producción promueven una nueva visión del pensamiento humano; acelerando cambios sociales, culturales y económicos que exigen redimensionar los procesos educativos. Por tanto, la educación es y seguirá siendo el eje transformador de las civilizaciones y el legado histórico que hemos custodiado con celo.

Por eso existe una preocupación mundial sobre el futuro de la educación y para ello la UNESCO en el 2018 propuso: “Generar espacios de investigación e innovación para el desarrollo humano, la convivencia democrática y ciudadana que garanticen los procesos educativos en todos los países” (CRES; 2018:5). Por estas razones, comprender los cambios y transformaciones que vive la civilización humana permite reestructurar la forma de concebir la vida y la manera de percibir el conocimiento. En tanto y en cuanto, los sistemas epistémicos nacen, se desarrollan y mueren bajo la configuración de paradigmas que se transfiguran ante las nuevas e innovadoras formas del pensamiento humano. Tal como lo expresa F. Capra, estamos en “una nueva comprensión científica de la vida en todos los niveles de los sistemas vivientes: organismos, sistemas sociales y ecosistemas” (Capra, 1998, p.25).

Bajo estas premisas, la dialéctica de la vida y del pensamiento reclaman una nueva percepción científica y humanística del conocimiento, donde prevalezca no sólo la valorización de lo humano, sino de todas las especies para cohabitar armónicamente en el planeta. En palabras de Morín (1999) “La misión de esta enseñanza es transmitir no sólo saber puro, sino una cultura que permita comprender nuestra condición y ayudarnos a vivir”. La educación disciplinar logró establecer grandes avances y desarrollo científico a lo largo de la historia, sin

embargo, la visión fragmentada e individualizada de lo real sectorizó y dividió la perspectiva global e integral del conocimiento.

Por lo tanto, la nueva visión paradigmática invita a “conceptualizar la educación superior como un ecosistema interconectado” (CRES; 2018:8), en el cual todas las áreas de conocimiento y desarrollo participen armónicamente en la producción de conocimiento. Pues, las universidades han sido el epicentro donde se forja el progreso de cada país y en el cual se promueve del pensamiento crítico, la investigación y la formación de ciudadanos íntegros. En este sentido, se debe ver la educación superior desde el tejido complejo en la planificación de proyectos comunes que cooperen con todas las formas de conocimiento y reúna a la comunidad universitaria en la comunidad de intereses espirituales que permita el desarrollo humano, tal como lo expresa la Ley de Universidades.

Sin embargo, existe una emergencia educativa mundial en todos los niveles que invita a repensar la educación y, en el cual somos los más desfavorecidos, pues, para nadie es secreto que en Latinoamérica hay una lucha constante por proporcionar cambios significativos en la educación, pero el panorama sigue siendo desalentador, porque las pugnas internas, la crisis económica, la desestabilidad política, las confrontaciones ideológicas y la corrupción nos aleja cada vez más del salto hacia una educación transformadora y de calidad.

En Venezuela no escapamos al deterioro que sufre Latinoamérica y, lamentablemente, somos el país más golpeado por la crisis económica, social y educativa de los últimos tiempos. Particularmente, nuestras universidades autónomas han sido objeto de una destrucción sistemática promovida y causada por las políticas nefastas del Estado. Hoy, nuestras universidades enfrentan una crisis multidimensional sin precedentes. No es solo un desafío económico; es la erosión sistemática de nuestra infraestructura, la precariedad o nulidad salarial, la diáspora y fuga de profesionales más grande de Latinoamérica que pone en riesgo el relevo generacional de académicos y que amenaza la continuidad del

conocimiento. Vemos cómo el presupuesto se estrangula, cómo los laboratorios languidecen y cómo el talento joven emigra en busca de un futuro digno. Esta realidad nos duele, nos indigna, pero no nos derrota.

Pese a todo este panorama desalentador, la Ilustre Universidad de Los Andes sigue siendo un pilar fundamental, que se adapta y trasciende a los tiempos, manteniendo estiales de honor a nivel nacional e internacional. Hemos transmitido conocimiento, formado profesionales y, sobre todo, cultivado la capacidad de cuestionar y transformar. Este legado de excelencia y compromiso con la verdad es el fundamento sobre el que se asienta nuestra labor diaria.

A lo largo de estos años oscuros, hemos librado una lucha incansable, saliendo a las calles, alzado la voz dentro y fuera de la universidad. Hemos resistido al asedio, represión e injusticia de un Estado opresor, que toma como enemigo los espacios donde se promueve la libertad de pensamiento, la democracia y los derechos humanos. Nuestra bandera ha sido siempre la defensa de la autonomía universitaria y la reivindicación de un salario justo que nos permita vivir con dignidad y dedicarnos plenamente a nuestra vocación: enseñar e investigar. Cada protesta, cada comunicado, cada hora dedicada a la enseñanza, a pesar de las adversidades, ha sido un acto de heroísmo y un testimonio de nuestro compromiso inquebrantable con la educación.

Todo este contexto desalentador no es ajeno para Núcleo Rafael Rangel, quizá de todas las facultades que tiene la Universidad de Los Andes, nuestra casa de estudio ha sufrido más. Según el informe de OSEPLAN existe un grave deterioro de la infraestructura que a todas luces lo vivimos quienes trabajamos en el NURR y, más que lamentaciones hemos sido muy resilientes por amor a la universidad. Pues, para nadie es un secreto que venimos a trabajar sin contar con baños, sin electricidad, sin agua, con aulas deterioradas y sucias, saltando entre la maleza, árboles caídos, techos rotos, filtraciones, entre muchas otras adversidades con las que luchamos día tras día. Es decir, hemos demostrado que amamos esta

universidad y hemos soportado condiciones inhumanas de trabajo, por eso hoy más que nunca podemos decir con fuerza y dignidad que nos hemos sacrificado por la educación de Venezuela. Nos hemos entregado en cuerpo y alma a la educación para mantener las puertas abiertas de la universidad y hoy orgullosamente decimos somos Profesores Universitarios de la Ilustre Universidad de Los Andes. No nos derrota el despotismo, la ignominia y la dictadura del Estado Venezolano que ha destruido paulatinamente a las universidades y ha buscado apoderarse de nuestra casa de estudio. Por eso, hoy más que nunca, los profesores universitarios hemos sido unos férreos defensores de la libertad de Venezuela.

Nuestra resiliencia ha sido de tal magnitud que, paradójicamente, los profesores universitarios del NURR, hemos ocupado, en varias ocasiones, el primer lugar en investigación según los resultados del ADG y el PEI de la Universidad de Los Andes. En otras palabras, ni todo el deterioro provocado por el Estado Venezolano, ni la pandemia del COVID-19 lograron detener los estudios y las investigaciones en el NURR. Los resultados obtenidos son las respuestas al esfuerzo y la dedicación de muchos profesores que siguen apostando por la academia y hoy con grandeza muestran el sitial de honor como fruto del trabajo realizado.

Por estas razones y, partiendo de esa gran fortaleza académica y de investigación del NURR, debemos articular, organizar, sistematizar y unificar todos los sectores que hacen vida en nuestra casa de estudio y conforman como Ulandinos un macro proyecto de investigación para reconstruir, transformar, recuperar la formación académica, la infraestructura, la institucionalidad, la organización administrativa, el respeto a la autonomía universitaria y sobre todo la dignificación del profesorado y de todos los profesionales, técnicos, empleados y obreros que conforman la comunidad universitaria.

Hoy, más que nunca debemos apelar al espíritu unificador y respetuoso de Pedro Rincón Gutiérrez, rector de rectores, para buscar en nuestras propias raíces, en nuestros profesores jubilosos el gran aporte de conocimiento y experiencia para la

reestructuración y transformación que necesitamos. Por eso, mis estimados y queridos profesores jubilados, ustedes son una parte esencial de este macro proyecto de reconstrucción y transformación del NURR. Porque la experiencia, los conocimientos y la valentía la hemos heredado de ustedes. Son ustedes el faro de luz que nos dio formación y hoy son pieza fundamental para repensar la educación en el NURR.

Esta generación que hoy hacer parte del NURR es fruto de la dedicación que ustedes le dieron a la universidad, nosotros fuimos formados por ustedes y en esencia somos hijos de la ULA e hijos del NURR. Por lo tanto, sólo en unidad, conformando un equipo de trabajo transformador y renovador podemos verdaderamente responder a las necesidades educativas que sufre el país.

Para finalizar, quiero expresar que el fuego del conocimiento seguirá encendido como antorcha que viaja de generación en generación y la fuerza, la fe, la valentía y el coraje siguen intactos en cada uno de nosotros. Hoy se nos hincha el pecho de emoción y alegría porque somos honorables profesores universitarios y merecemos el mayor de los aplausos. Seguimos de pie, demostrando que el saber siempre vencerá la sombra y no dejaremos que la maldad se apodere de la Ilustre Universidad de Los Andes.

Muchas gracias por su atención

Dra. Ivonne Ruza Montilla

